

primero impone la pena de deposición al sacerdote que osara casarse. El tercero impone penitencia aun para los legos que se casen muchas veces, aunque sea despues de muerto uno de los cónyuges, y veda á los sacerdotes asistir á los banquetes de segundas nupcias, que, aunque permitidas, se tenían por flaqueza entre los orientales. Establece el sexto que no haya mas de siete diáconos en cada ciudad por grande que sea, segun la primera institucion; cuya regla siempre se ha observado en Roma en cuanto á los diáconos de oficio de la primera Iglesia, llamados diáconos regionales, desde donde se estendió, por respeto á la primera Silla, á las provincias mas lejanas. El cónon undécimo prohíbe ordenar de sacerdote al que no tenga treinta años, dando por razon que Jesucristo no principió á predicar hasta esta edad. Créese que Vital, patriarca de Antioquia, presidió ambos Concilios de Ancira y Neocesarea.

No se separaron los Padres del Concilio de Arlés luego que dieron sus decisiones acerca de los negocios para que habian sido convocados, antes bien se ocuparon en reunir aquellos donatistas que se presentaban á sus legítimos pastores; pero hubo mayor número de ellos que, persistiendo en el cisma, apelaron desvergonzadamente al César de la sentencia de los obispos. El principe se escandalizó como siempre de esta tenacidad, y al pronto manifestó vivamente su indignacion; pero despues escribió á los Padres del Concilio encargándoles tuviesen paciencia por mas tiempo y diesen lugar á los cismáticos para reconocerse; y «si insistian tenaces, añade el emperador, tornad entonces á vuestras iglesias.» Por fin, mandó prender á los mas revoltosos y que los presentasen en su corte.

Empero los donatistas sacaron de esta resolucion de Constantino un partido muy diverso de lo que se habia propuesto aquel

buen principe. Le dieron pues grandes esperanzas de una reunion perfecta; declamaron con elocuencia y con muchas protestas de sana intencion contra las funestas consecuencias del cisma; y con este engañoso cebo le condujeron con maña hasta hacerse juez de los obispos en materia de Religion é inspector de los Concilios. Pero como las miras del emperador eran buenas, y solo pecaba por una ignorancia bastante disculpable á los principios de su conversion, no permitió el Señor que errase por mas tiempo en esta materia. Por sí mismo examinó de nuevo Constantino, y con un trabajo imponderable, todos los documentos que componian un proceso tan largo y tan enredado como el de Felix de Aptungia; mandó que compareciesen en Milan, en donde estaba la corte, Ceciliano y los principales de entre los donatistas, y despues de convencerse plenamente acerca de la inocencia de aquel obispo, dió á su favor una sentencia la mas satisfactoria.

Sin embargo, como cuanto mas se cede al espíritu de partido, mas exige, los cismáticos no se manifestaron mas conformes con esta decision del emperador que con las de los obispos; y no tardaron en oírse mil quejas insolentes de su parte, acusándole de parcial y de preocupado; de modo, que Constantino, á pesar de toda su mansedumbre, se vió en la precision de condenar á destierro á los revoltosos; y reuniendo al proceder de un emperador el tono de un Apóstol, escribió á los pueblos y á los obispos católicos exhortándoles á que no se defendiesen de aquellos sediciosos con otras armas que con las de la paciencia, teniendo en consideracion que los tratamientos que sufran por esta causa les servirian de martirio (1). A consecuencia de esto abandonaron los

(1) *Epist. Constant. M. ad Episcop. Cathol.*

obispos á los donatistas la iglesia que el emperador habia mandado hacer para los católicos en la capital de Numidia, llamada despues Constantina, de su nombre, contentándose con pedir un solar para edificar otra; pero el emperador dió mas de lo que pedian, y se encargó de los gastos de la construccion del edificio.

Mas los donatistas se desconceptuaron dividiéndose entre sí escandalosamente. Uno llamado Silvano, que habia usurpado á los católicos la basilica de Cirta ó Constantina, y hacia el primer papel en el cisma de Numidia, depuso á su diácono Nundinario por algunos disgustos personales que tuvo con él; y el diácono, por vengarse, delató á su obispo, y facilitó á los católicos las pruebas de una justa acusacion contra aquel prelado que era culpable nada menos que de haber entregado los vasos sagrados mientras la persecucion, y de haberse hecho ordenar obispo por intriga y simonia. El proceso se formó pues en debida forma y en los propios lugares donde habian sucedido los hechos; probáronse completamente todos los alegatos, y enviando una exacta relacion de todo al emperador, este no pudo menos de condenar á destierro á Silvano y á varios de su faccion.

Pasado poco tiempo, los obispos donatistas hicieron una representacion pidiendo se alzase el destierro á Silvano y que se concediese libertad de conciencia; pues como todo deponia contra ellos, no tenían otra razon mejor en favor suyo que la determinacion en que estaban de arriesgarlo todo y pasar por cualquiera cosa antes que comunicar con Ceciliano. No obstante, alcanzaron lo que pedian; y el emperador escribió al vicario de Africa que dejase á Dios el cuidado de castigar sus excesos. Les salió muy bien aquella prueba para que se contentasen con eso y así pretendieron el libre ejercicio de su religion aun en Ro-

ma; en donde se habian establecido ya algunos de su secta. Enviáronles un obispo los de Africa para que presidiese sus juntas; pero no pudieron lograr iglesia alguna en la ciudad, de mas de cuarenta que se contaban ya en ella; de modo que se vieron precisados á reunirse fuera de los muros, en cierta caverna que habia en una montaña, de donde les vino el nombre de montañeses, que por la misma razon habian tenido sus predecesores en el cisma, ya desde el tiempo de Felicísimo. Pero hasta despues de la muerte de Mayorino, y bajo el gobierno de su sucesor en el fingido título de obispo de Cartago, esto es, del segundo Donato, diferente del Donato de Casas-Negras, primer autor del cisma, no tomó el partido toda su forma y consistencia; y así, el último Donato fué quien le dió el nombre. Ya por hipocresia, ya por virtud, era este irrepreensible en sus costumbres y poseia en grado eminente el secreto de bienquistarse y hacerse valer; era como una especie de divinidad para la secta que subyugaba, fingiendo no querer hacerlo á cuantas personas distinguidas se contaban en ella. El arte ó genio del fingimiento era tan perfecto en él, que á nadie se le pasaba siquiera por la imaginacion que fuese un impostor. Por otra parte tenia talento, penetracion, elocuencia y una fecundidad inagotable de invenciones é intrigas para suscitar incidente tras de incidente con una habilidad sin igual para dar á los hechos el aspecto mas plausible y pintarlos con los colores mas favorables á sus miras. En una palabra, fué uno de esos desgraciados prodigios que Dios permite se vean de cuando en cuando para probar á su Iglesia; fué él solo todavía mas asombroso que todo su partido, el mas obstinado que habia afligido hasta entónces al aprisco del Pastor Divino.

Desde el tiempo de este impostor dejáronse ver los fanáticos llamados circunceliones, porque andaban continuamente al rededor de



las casas en las ciudades y aldeas, anunciándose como reparadores de agravios y vengadores públicos de las injurias, y cometiendo todos los desórdenes á que daba margen tal pretension (1). A los esclavos los ponian en libertad, absolvian á los deudores, sacaban de las cárceles á los presos, y volvian á echar en la sociedad aquella multitud de gentes desalmadas que estaban encerradas en ellas. Contra estos atentados no habia seguridad ni en los caminos, y muchas veces ni aun en las calles y ciudades mas pobladas. Ridículos á la par que turbulentos, hacian á veces apagar á los dueños de los carruages para que sirviesen á sus mismos criados, á quienes ponian en su puesto. Sus cabeceillas, de los cuales los mas osados eran Máximo y Fasir, tomaban el título de capitanes de los santos. En un principio estos bandidos solo se servian de palos con los que estropeaban á cuantos les oponian resistencia; pero despues se valian de toda clase de armas, y mataban de la manera mas cruel hasta á las personas del sexo y de la edad mas débiles.

Jugaban tambien, por decirlo asi, con su propia vida; por la menor cosa se abrian el vientre, ó se arrojaban desde las cumbres de las rocas; y con esto creian que tenian segura la corona del martirio, cuya locura era tan comun en las mugeres como en los hombres, y mas aun en las jóvenes, siempre mas espuestas á la seducción que las quitaba el temor á la muerte, temor tan natural á su sexo. Pero se notó frecuentemente que el temor del oprobio era todo el principio de su heroismo, y muchas veces su muerte violenta ponía en claro su hipocresía, mostrando el fruto de su incontinencia. Llegaron á tal extremo la disolucion y crueldad, que sus propios obispos acudieron á la au-

(1) August. lib. 1, contr. Gaudent. cap. 28.

toridad soberana para refrenarlos. Contra estos bárbaros fanáticos se enviaron tropas que acabaron con un gran número de ellos; y por una inconsecuencia que no podriamos concebir si otros tiempos menos lejanos no hubieran ofrecido un espectáculo casi parecido, la secta reverenciaba despues del suplicio, como victimas de la fé mas acendrada, á aquellos mismos á quienes sus pastores y sábios tenian antes por dignos de la execración pública.

A pesar de estos desórdenes cometidos por algunos que se llamaban cristianos, Constantino se mostró siempre infatigable en hacer que floreciese la Religion verdadera; y parecia que solo para fomentarla habia recibido el supremo poder y el derecho de legislar. Prescribió la celebracion del domingo y la suspension del trabajo hasta para los gentiles, sin exceptuar mas que las faenas urgentes del campo; y mandó tambien que el viernes se observase de una manera particular, en memoria de la Pasion del Redentor: estos dos dias eran los que empleaban los fieles por regla en los ejercicios públicos de la Religion. Para abolir el suplicio de la cruz promulgó espresamente una ley, y derogó la prohibicion irreligiosa de dejar legados, al morir, en favor de la Iglesia Católica. Las leyes romanas declaraban á todo célibe incapaz de recibir mandas y donaciones; reglamento muy sabio en el reinado del paganismo, en el que el celibato no tenia otro principio que la disolucion y el libertinaje; pero el piadoso emperador lo derogó á favor de los cristianos, cuya continencia era tan diversa (1). Este príncipe se esmeraba sobre todo en honrar la castidad, cuya virtud recomendaba aún mas con su ejemplo que por me-

(1) Euseb. lib. 4 hist. cap. 26. — Const. Apost. I, 11, c. 46.

dio de los edictos. Habian sido sus costumbres constantemente arregladas desde sus mas tiernos años; y con el intento de guardarlas con mayor seguridad en toda su pureza, se habia sujetado desde muy jóven al respetable yugo del matrimonio.

Ya por una ley que espidió al principio, habia permitido escoger á los obispos por árbitros en las desavenencias, y dispuesto que á estas decisiones de los obispos se les diese la misma autoridad que si emanasen inmediatamente del trono. Distinguia honrosamente en todas ocasiones á los cristianos de los infieles, en especial á los eclesiásticos, á quienes dispensó de todas las formalidades que se requerian en los demas estados: cuando se ofrecia dar libertad á un esclavo. En el número de sus virtudes debentarse tambien la mansedumbre y la bondad; y aunque una que otra vez mostró cierta dureza muy reprehensible, nacia esta mas bien de una preocupacion crédula y precipitada que de algun sentimiento de inhumanidad. Prohibió con pena de muerte que el acreedor, para cobrar una deuda, echase mano de los esclavos ó de los animales que servian para la labranza. A los encargados en el manejo de las rentas reales les mandó que recibiesen, sin mas exámen, á todos los niños que les llevaran, y que sin dilacion facilitasen los medios para su subsistencia; dos rasgos que juzgaron dignos de imitacion en estos últimos siglos las naciones mas señaladas por su humanidad. Empero lo mas notable es que Constantino no estaba aun bautizado cuando ejercia estos actos de edificacion.

No obstante, debemos confesar que siendo Constantino tan sinceramente cristiano, no lo mostró en ciertas ocasiones con toda la firmeza, ó por mejor decir, con todo el discernimiento que era necesario; pues aceptó y vistió los adornos profanos de la dignidad de pontífice supremo, que la antigua Roma daba á sus emperadores, mirán-

dola sin duda como una parte de la autoridad civil, y no como una profesion indirecta de la idolatría: abuso que siguieron sus sucesores hasta Graciano, que fué el primero que miró este título é insignias como indignas de un emperador cristiano. Mas difícil es disculpar á Constantino acerca de los arúspices, á quienes permitió consultar, y aun parece haber consultado él mismo; aunque algunos pretenden que no lo hizo, sino para desacreditarlos del todo, confrontando mas notoriamente la falsedad de la predicción con el suceso; y por esto, añaden, prohibió que los consultasen en otros lugares que en los templos, y vedó tambien hacer sacrificios en las casas particulares. Mas al mismo tiempo que toleraba estos restos de supersticion, trataba con desprecio á los ministros de ella, y ni aun se dignaba hablarles, al paso que á los obispos los trataba del modo mas honroso. Parecía que al principio eran necesarios estos medios indirectos; mas su celo fué creciendo con los años, y no cesó de fortificarse con el poder.

Habia ya llegado por fin el tiempo en que el imperio todo del mundo civilizado iba á someterse á las leyes de este príncipe religioso que no apreciaba su poder y sus triunfos sino en cuanto servian á la prosperidad y ensalzamiento de la Iglesia, y Licinio aceleró imprudentemente aquel momento indisponiéndose con él. La política no veía en esto otra cosa que el resultado ordinario de la amistad de los príncipes ligados por intereses contra unos enemigos comunes, y que una vez vencidos estos solo escuchan las voces de su desconfianza ó de su rivalidad; pero los fieles, ilustrados con luces superiores, vieron en este contra-tiempo al Dios, que juzga la misma justicia, castigar á Licinio con tanta mayor severidad cuanto se habia valido de él para llevar á cabo el castigo de los últimos persegui-



dores, y esto no obstante no se habia hecho mejor aquel príncipe. Asi fué que el instrumento que acababa de castigar á los primeros delincuentes fué destrozado él mismo luego que hubo servido para los fines á que se le destinaba; porque tantos milagros como presencié Licinio, de algunos de los cuales fué tambien ministro, no bastaron para que reconociese y respetase el brazo del Dios verdadero que los obraba; antes al contrario, llegó á endurecerse hasta el punto de ser perseguidor y verter la sangre cristiana.

De orden suya fué martirizado entre otros el ilustre San Blas, obispo de Sebaste, en Armenia; y en la misma ciudad sacrificó Licinio cuarenta soldados, conocidos por el nombre de los Cuarenta Coronados (1). Después de hacerles padecer crueles tormentos mandó dejarlos toda una noche en un estanque helado, junto al cual habia un baño de agua caliente, para que á vista de tal contraste apostatase alguno de los confesores, y negase la fé con la esperanza de un suave y pronto alivio. Uno de los soldados que custodiaban á estas santas víctimas estaba admirado de la constancia que mostraban en el tormento; pero subió de punto su admiracion cuando vió en el aire unas coronas suspendidas sobre sus cabezas; mas no contó mas que treinta y nueve, siendo ellos cuarenta. Fué el caso que faltando entonces el ánimo á uno de los que componian este número, se pasó al baño caliente, en donde el apóstata, que ya estaba medio muerto, pereció á poco rato. El soldado espectador, movido entonces de los impulsos de una gracia victoriosa, dijo con firme resolucion que era cristiano, y ocupó el lugar del renegado, cuya corona le fué adjudicada. Sobrevivió á todos uno de los mas jóvenes de tan santa compañía, y su madre logró li-

(1) S. Basil. Homil. 20.

encia para consolarle ó para inducirle á que desistiese de su laudable resolucion; pero lejos de solicitarlo y conducirlo al baño caliente, aquella muger, superior á todas las debilidades de la carne y de la sangre, lo puso sobre uno de los carros en donde estaban los treinta y nueve, que eran llevados á consumir su martirio en las llamas, diciéndole con una fé heroica: Acaba, hijo mio, este glorioso combate, y no consientas que tus compañeros te aventajen en el triunfo.

En varios otros puntos hubo otras muchas víctimas de esta misma persecucion. El glorioso San Nicolás, obispo de Mira, en Licia, fué puesto preso y no salió de la cárcel hasta que el emperador Constantino venció al autor de la tiranía.

Habia este príncipe representado repetidas veces á Licinio que violaba sus pactos comunes y le hacia una injuria personal persiguiendo á los cristianos, de los que sabia era tan apasionado protector. Estas quejas acrecentaron el desacuerdo entre los dos príncipes, y vinieron á parar en un completo rompimiento. En fin, armáronse y vinieron á las manos el año 323. La superioridad del número, como comunmente sucedia, estaba de parte del emperador idólatra, el cual ponía en ella toda su confianza; pero Constantino, acostumbrado á no hacer mucho caso de la multitud de soldados, tenía á favor suyo, además de la ventaja del valor, la de la buena causa que defendía y el auxilio del cielo. Encontráronse cerca de Andrinópolis; el campamento de Licinio estaba ventajosamente situado sobre un monte casi inaccesible; mas Constantino, antes de atacarlo, no olvidó encomendar el éxito de la accion al Dios Todopoderoso que tantas veces le habia dado la victoria. La vispera de cualquier combate acostumbraba Constantino retirarse con algunas personas de distinguida piedad á

una tienda separada del campamento, en la que se guardaba el *Lábaro*, como en una especie de santuario; y al siguiente dia muy de mañana comenzaban á desfilar las tropas, llevando al frente aquel sagrado estandarte, y viéndose tambien campear la Cruz en las banderas de cada legion. Asi se preparó el piadoso Constantino al combate.

En tanto Licinio, creyéndose seguro en el monte, insultaba y escarnecía la piedad de su augusto rival. «Ved aquí, amigos míos (decia á sus gentes enseñándoles sus ciegos y materiales simulacros), ved aquí los muchos y poderosos dioses que adoramos nosotros; todos los ha abandonado nuestro enemigo por un Dios despreciable, cuya señal de su vil patíbulo, que advertís en sus estandartes, deshonorá las armas romanas. Combatamos intrépidamente bajo los auspicios de todas las antiguas divinidades de Roma, ya que somos sus adoradores fieles; y después del triunfo, que sin duda conseguiremos, destruyamos hasta el nombre de los impíos desnaturalizados que niegan á los dioses pátrios (1).»

No correspondieron á tanta altanería los resultados; pues así que Constantino hizo pasar por cerca de Andrinópolis un destacamento de cinco mil hombres á la otra parte de un rio que dividia los dos ejércitos, en un parage donde menos se le esperaba, la sorpresa y el espanto desordenaron todos los escuadrones infieles. Quedaron tendidos cerca de treinta y cuatro mil hombres: el campamento del emperador idólatra fué tomado, y él tuvo que huir con precipitacion. Detúvose en Bizancio, donde queria volver á hacer frente; pero habiendo logrado la armada de Constantino, mandada por su hijo el príncipe Crispo, un triunfo aún mas completo que el que acababa de conseguir su padre, antes de ver-

se sitiado Licinio por tierra y por mar, se refugió al otro lado del estrecho, en Calcedonia, llevando consigo sus tesoros. Allí fué perseguido igualmente; pero viendo que su ejército constaba todavia de ciento treinta mil hombres, resolvió volver cuanto antes á encontrarse con los enemigos.

Dióse pues segunda batalla, y fué mucho mas sangrienta que la de Andrinópolis, pues de un ejército tan numeroso como el de Licinio, apenas se salvaron tres mil hombres. Al instante Bizancio y Calcedonia abrieron sus puertas; Licinio se retiró á Nicomedia: mas desconfiando de poder mantenerse allí después que le sitiaron, envió á su muger Constanza, hermana, como digimos, del emperador Constantino, á implorar la clemencia de un hermano cuyo buen corazón le era bien conocido; y en efecto logró calmar su justo enojo.

Poco tiempo después, muy diferente Licinio de lo que habia sido algunos dias antes, fué él mismo á echarse á los pies de su generoso cuñado y á entregarle la púrpura de que se habia despojado, dándose por bien librado, segun decia él mismo, de que se le conservase la vida. Levantóle del suelo el vencedor con verdaderas demostraciones de reconciliacion, hizole comer á su mesa, y después lo envió á Tesalónica, donde le proporcionó una suerte que no desdecia de su primera grandeza. Mas no pudiendo vivir tranquilo aquel espíritu turbulento, y como diese motivos para sospechar que queria vestir de nuevo la púrpura, se tuvo por imposible asegurar la pública tranquilidad si no se le quitaba la vida, como se verificó el año 324.

Constantino, quedando de esta suerte soberano de todas las provincias, así de Oriente como del Occidente, mandó restituir en todas partes á los confesores los bienes que les habian confiscado, como tambien la herencia de los mártires á sus parien-

(1) Euseb. in vit. Const. M. lib. 2, cap. 5.

B. del C., tomo XVI. —III.—HISTORIA ECLESIASTICA.